

se dirigió á la quinta, en compañía de Lorin, quien la hacía reír estrepitosamente con sus noticias de París.

Daniel se quedó solo en la orilla, desconsolado y con lágrimas en los ojos, persuadiéndose de que su felicidad quedaba muerta.

Por la noche, después de la comida, Lorin se acercó á él, y con superioridad burlona, le dijo:

—¡Qué bien rema usted, querido amigo! Viéndole á usted, nunca habría creído que tuviese usted tales brazos... Doy á usted las gracias por haber paseado á Juana durante toda la temporada.

Y, como Daniel le mirase sorprendido, dispuesto á no admitir las gracias que le daba:

—Usted no está penetrado,—agregó en más bajo tono,—cometo resueltamente la locura de que tengo hablado á usted.

—¿Qué locura?—preguntó Daniel con voz ahogada.

—¡Oh! la más hermosa de las locuras... No tiene un céntimo, y va á hincar el diente por modo terrible en mi fortuna... Me caso con Juana.

Daniel le miró como quien ve visiones. Después subió á su habitación sin poder articular una sola palabra.

XI

Cerca de diez meses hacía que Lorin se consultaba á sí propio con ansiedad, para saber si debería ó no casarse con Juana. Por tal modo aquel hombre cometía sus garrafales locuras.

No estaba lo que podía llamarse enamorado; antes bien la joven le había sorprendido y atortolado con sus altivas gracias y sus regocijadas burlas. Tenía para sí que semejante mujer le haría honor, sin contar con que le abriría de par en par las puertas de la sociedad elegante. Veíala cogida de su brazo, y su vanidad se sentía deliciosamente envanecida. Después, sin que su corazón tomase parte, se puso á amarla con deseo egoísta.

Mas esto debía de costarle caro; así fué que durante mucho tiempo hubo de defenderse. Poco á poco vino á calcular á cuánto ascendería el gasto, á qué precio le resultaría tamaña compra. Hizo números sobre cada detalle, llenó toda una plana de sumas y multiplicaciones, y la cantidad total le erizó los cabellos.

Entonces, suprimió de aquí y de allá, disminuyó las cifras, y llegó á convencerse de que Juana, sin dejar de resultarle muy cara, hallábase, sin embargo, al alcance de su bolsillo. Esperó todavía un mes largo de talle, titubeando y preguntándose si no haría mejor buscando una mujer que le enriqueciese, en lugar de llevarle á la miseria.

Los amores de la vanidad son tan tenaces como los del corazón. Lorin, sintiéndose débil, dióse el pretexto de que su fortuna era suficiente y que bien podía permitirse un capricho. Confesaba que había perdido el juicio; pero fué el caso que, sin dejar de hacer chacota de sí mismo, fué á verse con el señor de Rionne.

Sabía que estaba arruinado.

—Caballero,—le dijo,—vengo á ver á usted para un asunto importante, y confío en que usted acogerá con benevolencia mi petición.

El señor de Rionne creyó olfatear un acreedor. Acercóse una butaca y le interrogó con la mirada.

—Hé aquí de lo que se trata. La señora de Tellier tiene la bondad de recibirme como amigo, y he tenido la ocasión de encontrar en su casa á la señorita Juana de Rionne... Tengo el honor de pedir á usted su mano.

El padre, sorprendido de tener una hija que casar, no pudo dar de golpe y porrazo con una contestación. Lorin se aprovechó de su silencio para decirle quién era él y para enterarle de la fortuna con que contaba. Mientras que así hablaba, el rostro del señor de Rionne se iluminaba y sus adema-

nes revestían la mayor urbanidad; no venían á pedirle dinero; tal vez se lo venían á traer.

Y hablaron.

El señor de Rionne se hallaba casi á la última pregunta. Julia había devorado lo que había perdonado el juego. Las deudas gritaban que era una bendición, los créditos se cerraban, y, envejecido, abochornado, se detenía en la pendiente sobre que iba rodando. Con frecuencia se preguntaba á dónde iría á habitar el día que se viese precisado á dejar su habitación; no se atrevía á pensar en su hermana, quien le anonadaría con todo su desdén de mujer positiva.

El orgullo se mantenía en él todavía firme, cuando un último abandono acabó de anonadarle. Luis, su ayuda de cámara, siempre frío, le había permanecido fiel mientras había podido robarle á sus anchas; mas cuando se persuadió de que ya no había bolsillos que vaciar, se largó una mañanita para irse á comer á lo burgués el dinero que había reunido. Su misteriosa sonrisa quedaba al fin explicada; la humilde y exacta máquina se reía al atraer á sí las monedas de oro que se extraviaban. Fuerza es que en este mundo el mal encuentre su castigo, dicen los moralistas. Luis, que había adquirido la costumbre del robo, cometió la monumental tontería de robar á Julia á su amo. Un día, el señor de Rionne, al presentarse en casa de su querida, fué puesto de patitas en la calle por su lacayo.

En tal situación se hallaba, cuando Lorin se

presentó á pedirle á su hija en matrimonio. No se le había ocurrido todavía sacar partido de su hija, y la demanda del joven fué como una revelación. Por todas partes buscaba un refugio, y este refugio quedaba encontrado. Iba á contar con un retiro seguro, y podría con toda tranquilidad, envejecer en el lujo. Y, aunque por modo vago, esperaba obtener una pensión de la joven pareja, que le permitiría no aburrirse del todo.

Desempeñó su papel de padre con toda dignidad; no se presentó ni demasiado solícito ni sobrado frío. En el fondo temía que el matrimonio no se realizara. Lorin le dió la seguridad de que Juana le amaba, lo cual le tranquilizó y le hizo más expansivo. Hablaba de su hija con emoción verdaderamente paternal; no quería, según se expresaba, más que su felicidad.

Quedó determinado que ambos partirían al día siguiente para el Mesnil-Rouge, á fin de concertar el matrimonio antes de que Juana volviese á París. A Lorin no le disgustaba llevar las cosas sin rodeos, porque vacilaba siempre; una vez cometida la locura, decía para sí, no había más remedio que apechugar y aceptarla.

En cuanto llegaron, la cuestión fué propuesta y se consultó á la joven.

Daniel no pegó los ojos en toda la noche. Las ideas se barajaban en su cerebro, sin saber á qué atenerse. Creía á veces que Lorin mentía y que Juana no se casaría nunca con él; después asaltábanle miedos atroces y se persuadía de que el enla-

ce se iba á realizar. Lo que le dominaba era un dolor cuya abrasadora llama le quemaba el pecho. Cuando Juana y Lorin se le representaban en su imaginación, el uno al lado del otro, acometítíenle arrebatos de furiosa rabia.

Llegado el día, procuró tranquilizarse. Después de todo, no tenía otro motivo para desesperarse por tal manera, que las palabras de Lorin. Quizás nada se habría decidido. Había que esperar.

Y bajó, procurando leer en los semblantes.

El señor Tellier tenía el aspecto de siempre; nunca se leía nada en aquel adocenado rostro. El señor de Rionne se hallaba á todas luces satisfecho; tenía mil atenciones para con su hija, mirándola como cosa preciosa que se tiene miedo de perder.

Por lo tocante á la señora de Tellier, refase nerviosamente. Parecía que ella también había pasado una mala noche. La verdad era que la petición de Lorin la había sacado de sus casillas, y fuerza había sido que argumentase consigo misma para no provocar un estallido. Juana, en su sentir, convertíase para ella en peligrosa rival, y haría perfectamente en desprenderse de ella cuanto antes mejor. Aquéllo le costaba un amigo, llamaba á Lorin «su amigo»; pero preferible era sacrificar uno, que conservar á su lado aquella niña, cuya risa era sobrado evidente. Procuraba consolarse de aquella manera, mas estaba fuera de sí.

Lorin se dedicaba á sus galanterías. Teniendo el corazón libre, representaba á maravilla su papel de galán. Por otra parte no ignoraba lo que

valía, y por lo mismo no recurría á oficiosidades ridículas.

Pero el semblante que Daniel estudiaba con mayor ansiedad era el de Juana. La joven había recobrado su continente de parisina, hallándose en sus glorias al verse cortejada. Rendíase de la mejor gana, y, si no demostraba una alegría excesiva, parecía embelesada con las atenciones de Lorin y hablaba de París como una colegiala habla de un baile.

Daniel comprendió entonces con terror que había sido un cobarde, que se había olvidado con exceso de sí mismo en la dulce voluptuosidad del Mesnil-Rouge. Debería de haberse dado á conocer durante los largos paseos; mientras allí se hallaban, él y la joven, en el silencio y en la frescura de las islas, lejos del mundo, debería de haberle abierto su corazón. Y ahora, el mundo se interponía entre ellos otra vez.

Juana se había divertido en correr, ni más ni menos que como una niña grande. La presencia de Lorin había bastado para devolverle su carácter malévolo. Aquel hombre le parecía un excelente muchacho, un tanto simple, pero, por lo demás, muy conveniente. Cuando tuvo noticia de su demanda, que estaba esperando, aceptó á tontas y á locas, no viendo en el matrimonio sino la manera de tener un salón que le perteneciera en propiedad.

Daniel se dió cuenta de lo que pasaba en aquella cabecita, y se dijo con indignación que no podía dejar, así como así, que se llevase á efecto seme-

jante enlace. El corazón se le sublevaba. Había olvidado su misión, ya no procuraba atenerse tan sólo al mandato de la muerta; todo su sér le impelía á arrebatarse á Juana de los brazos de Lorin.

Por la noche, tras un interminable día de angustia, detuvo á la joven á la orilla del Sena.

—¿Se casa usted?—le preguntó bruscamente.

—Sí,—contestó maravillada por la emoción que demostraba aquella voz.

—¿Conoce usted bien al señor Lorin?

—Seguramente.

—Por lo que á mí toca, hé aquí que han transcurrido doce años desde que me lo encontré por primera vez, y ninguna estimación siento por él.

Juana levantó la cabeza con altanería. Quiso contestar.

—No diga usted nada,—repuso Daniel con violencia.—Créame usted, ese matrimonio es imposible. No quiero que se case usted con ese hombre.

Hablaba como dueño y señor, como padre enfurecido que quiere que se le obedezca. Juana le miraba con desdeñoso estupor.

Por un instante, á Daniel se le ocurrió la idea de decírselo todo, y de ordenarle, en nombre de la que le dió el sér, que despidiese á Lorin; pero, cambiando de idea, difirió la confesión y agregó con acento menos duro:

—Por favor, reflexiónelo usted y no me desespere.

Juana se echó á reír. La extravagante audacia del secretario la desarmaba. Y sencillamente:

—Señor Daniel,—le dijo,—¿estaría usted por ventura enamorado de mí?

Y luego, en tono más suave, como percatándose de la abnegación y del cariño del pobre muchacho:

—Vamos, camarada,—agregó,—no haya locuras. No hay para qué separarnos reñidos.

Así que se hubo retirado, quedóse Daniel inmóvil, anonadado. Maquinalmente repetía la frase de la joven: «¿Estaría usted por ventura enamorado de mí?». Y sentía como un zumbido en la cabeza que le impedía oírse á sí mismo. Y, bruscamente, huyó por el lado del parque, balbuceando:

—Ella lo ha dicho, lo ha dicho: estoy enamorado.

Ardíale el pecho y se tambaleaba como si estuviese ébrio. Una lluvia fina y fría empezó á caer, y así se fué andando en la noche oscura, delirando, sollozando, viendo por fin con claridad en su corazón.

Amaba á Juana, la desdichada criatura, y se lo decía con inmensa desesperación. Es decir que había conseguido engañarse á sí mismo, toda aquella abnegación no era sino amor; no protegía á la joven contra Lorin, sino para guardarla para él. Ante aquel pensamiento, el bochorno le hacía desfallecer; comprendía que le faltaría ya valor para luchar.

Y, bien considerado todo, ¿qué era él para Juana? Ni siquiera un amigo. ¿Con qué derecho iría él á hablar como amo á aquella familia, y qué caso llegaría á hacerse de sus mandatos? Siempre su impotencia y su miseria le abrumaban. Diría á grito heri-

do que Lorin era un hombre sin honor y no tendría prueba alguna que ofrecer; hablaría de la misión que tenía que cumplir, y se le trataría de loco, se echarían á reír y se le arrojaría á la calle; se le diría: «Usted está enamorado.»

Y tendrían razón. Había amado á Juana cuando tenía ella seis años. Ahora lo comprendía perfectamente. En el callejón de Saint-Dominique-d'Enfer, habría conservado por querida la idolatrada visión de la niña. Más adelante, púsose á adorar á la joven, habíase vuelto celoso y malvado, siguiéndola por do quier, por el temor de que su corazón le fuese robado.

Luego se ponía á pensar en sus paseos en las islas, en todas las tiernas dulzuras de su amor. ¡Cuán feliz se sentía! ¡cómo se ignoraba á sí mismo! ¡cuán bueno era el velar como padre por su querido amor!

Ahora ya lo sabía todo. El remordimiento le martirizaba, la pasión le mordía el corazón.

Dejóse caer en tierra, y la lluvia le producía constantes escalofríos. En su agonía, en las injurias que se dirigía á sí propio, en sus borchornos y en sus sufrimientos, un pensamiento brutal acudíale sin cesar á la mente, implacable, agudo; era el de que Juana iba á ser de otro. Defendíase contra aquella visión, quería matar su deseo y llamaba con desesperación el recuerdo de su buena santa. Y siempre Juana y Lorin se encontraban allí, en su presencia, jóvenes y sonrientes. Entonces su cabeza estallaba y veíalo todo color de fuego.

De este modo pasó una parte de la noche. Una postración entorpecida sucedió á aquel ataque de desesperación. Por la mañana convino en que ya nada tenía que hacer en casa de los Tellier, en que se confesaba vencido. Abandonábase cobardemente á los hechos consumados; todo su dolorido sér pedía calma y reposo. Quiso partir solo, precediendo tan sólo unas horas á los huéspedes del Mesnil-Rouge.

Se dirigió á casa de Jorge, quien se abstuvo de hacerle preguntas, y allí pasó muchos meses en una postración inmensa. Una sola vez se dirigió á la calle de Amsterdam, para despedirse del diputado. Un deseo irresistible, que no se quería confesar, le impelía á aquella casa; sentía la necesidad de saber con exactitud el día de la celebración del casamiento. La incertidumbre le martirizaba. Cuando hubo satisfecho su curiosidad, sufrió todavía más. Contó los días, y cada nueva hora que le acercaba á la fecha fatal, se le hizo más dolorosa.

Había jurado que no asistiría á la ceremonia. La fiebre se apoderó de él la víspera del día terrible, y, á pesar suyo, le impulsó hacia la iglesia. Allí pasó por todos los horrores de la agonía; mantúvose tras de una columna, tiritando y creyendo ser pasto de una pesadilla.

Cuando volvió á su casa, Jorge creyó que se hallaba embriagado y lo acostó como á un niño.

Pero al siguiente día Daniel se levantó, á pesar de la fiebre que le devoraba, y dijo que iba á dejar á París, que quería huir y volver á la orilla del mar,

á Saint-Henri, á los dilatados horizontes en donde había vivido con tanto sosiego. Jorge no quería dejarle partir; veíale demasiado débil, pero ante su resolución inquebrantable, suplicóle que por lo menos le permitiese que le acompañara. Daniel se puso fuera de sí y se negó á todo consuelo. Sentía una necesidad inmensa de hallarse solo.

Partió, pues, dejando á Jorge desesperado y sin que supiese una palabra.

Cuando vió el ancho mar azul extenderse delante de él, sintióse más tranquilo, quedándole tan sólo una inmensa tristeza. Alquiló una habitación, cuya ventana daba á las olas, y allí vivió durante un año, ocioso y sin aburrirse, comiéndose día por día las pocas economías que había hecho.

Durante días enteros permanecía inmóvil frente á la mar. El murmurio de las olas despertaba como un eco en su corazón, y dejaba mecer sus pensamientos. Sentábase en la punta de una roca, vuelta la espalda á los vivos y absorbiéndose en el infinito. Y tan sólo se sentía feliz, cuando las olas adormecían su memoria, y cuando permanecía allí, inerte, en éxtasis y durmiendo con los ojos abiertos.

Entonces una extraña alucinación le perseguía. Creíase juguete de las olas, imaginábase que el mar había subido para apoderarse de él y que le mecía con suavidad y dulzura.

Allí, en aquella contemplación incesante, en aquella absorción de su sér, fué donde consiguió serenar su corazón. Llegó hasta el punto de no sufrir más, de no pensar en Juana como enamorado. La

llaga se le había cicatrizado, sin dejarle más que una latente pesadez.

Túvose por curado.

Poco á poco volvióle su actividad. Corriendo y saltando por las rocas, desentumeció sus miembros que se habían puesto rígidos tras de tan prolongada postración. Todos sus pensamientos de otro tiempo se despertaron uno por uno. Escribió á Jorge, inquietándose por lo que en París acaecía; mas no se atrevió á dejar todavía el mar, que por tan feliz manera le había protegido contra la desesperación.

La savia de la nueva vida que circulaba en su organismo, le atormentaba, por no saber qué empleo dar á su juvenil ardor. Habría querido comenzar de nuevo la lucha, sufrir, volver á amar y á derramar lágrimas. Ahora, que la fiebre ya no entorpecía sus sentidos, indignábase por su ociosidad; pedía con ardor la vuelta á la vida, á costa de ser de nuevo vencido.

Una mañana, al despertarse, oyó entre sueños, una voz que ya había oído, una voz moribunda, dulce y lejana, que le decía: «Si se casa con un hombre indigno, todavía tendrá usted que luchar y defenderla; la soledad es pesada para una mujer y le es necesaria mucha energía si no quiere caer. Suceda lo que suceda, no la abandone usted...»

Al siguiente día, Daniel partió para París. Iba á dar cima á su misión. Sentíase con valor invencible, con esperanza sin término.

XII

Al llegar á París, Daniel fué á parar á casa de Jorge.

—¡Eres tú!—exclamó su amigo, que no esperaba verle allí.

Y le recibió como al hijo pródigo, con su bondad de siempre y con inmensa alegría.

No se atrevía á hacerle preguntas, temeroso de que le hablara de una nueva y próxima partida, Daniel le tranquilizó, asegurándole que venía de nuevo á trabajar en la obra común. Su dulce y tranquila vida de tiempos pasados se iba á reanudar.

Durante el viaje había pensado Daniel en la conducta que habría de seguir. Por cálculo, se había determinado á proseguir sus trabajos interrumpidos, á intentar nuevamente adquirir gloria. Juana, hoy lo propio que ayer, constituía el blanco de sus aspiraciones. Cuando había sido preciso, hábale sacrificado la ciencia, el brillante porvenir que ante él se abría; hábase hecho humilde, tan sólo por vivir junto á ella. Hoy, la situación cambiaba; no